

Entre gardenias

MARIANA TRAVACIO : CENIZAS DE CARNAVAL
(2018)

Mi madre llegaba, sus arrugas estiradas, los pies cansados, y se ponía a cocinar, como si cocinar le significara tapar un agujero urgente, gigante, porque nada la contenía,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo
mientras yo le hablaba y el aceite rugía en la olla, pfiss, pfiss, rugían los huevos, rugían las papas, pfiss, rugía el arroz. Después ella me daba los huevos, las papas, el arroz,

—Comé, Adelaida, comé
y yo comía el silencio, el resquicio, el desquicio, mientras ella llegaba exhausta, redonda, las arrugas estiradas, sin facciones, los tobillos hinchados, y cocinaba, pfiss, y era el olor del aceite sobre la cocina, del aceite estallando en la olla, y el olor de los huevos, pfiss, y yo le hablaba del colegio, de esa compañera, de la maestra y ella

—No te oigo, Adelaida, no te oigo
y la comida, pfiss, y mis palabras silenciadas de eso

urgente que ocurría en la olla, que siempre me acallaba de urgencia, hasta que ya no supe hablar, como con el secretario, solo silencios, solo comer, porque de eso se trata, de comer hasta reventar, porque las palabras no salen, no dicen, no rellenan agujeros, la comida sí,

—Comé, Adelaida, comé.

Mi padre llegaba tarde, silencioso, delgado, debía tener otros agujeros, distintos, agujeros que no se rellenan de papas, de fideos, de arroz; llegaba y lo recibía solo el silencio, el desquicio, el desprecio, y yo lo veía en la penumbra, en puntas de pie, en la rendija de la puerta, aferrarse al silencio para sacarse los zapatos, aferrarse al marco para sacarse las medias, entre saltitos un poco ridículos, cuando se desaferraba un poco, dos o tres, y sacarse el pantalón, en puntas de pie, y acostarse al lado de mi madre gorda, que roncaba a esa hora, y yo, que miraba por la hendidura de la puerta ese rectángulo de luz azul, que daba saltitos un poco ridículos, al sacarse los zapatos, o las medias, antes de acostarse al lado de mi madre gruesa y roncar con ella esa canción de desquicio, de resquicio, de intersticio,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

entonces yo me abrazaba a la almohada, en esa lumbre de luz azul, y hablaba sola, en el silencio que ya era solo mío, solo mío mientras mamá roncaba su gordura en pausa y papá daba sus saltitos de luz azul.

A los quince vino Pedro, acaso le gustaran las gordas; lo pienso ahora, me buscaba a la salida del cole-

gio, me perseguía su sombra, él tenía dieciocho, pasaba el día en el billar, se despertaba al mediodía para buscarme con su voz melosa, ronca, cavernosa, a veces creo que él la volvía gruesa para mí, un ramo en las manos, a veces un chocolate, o las manos vacías y los ojos de inquisición, y yo que creía que era una burla, por mis muslos trancos, mis pies macetas, mi cara estirada, mi abdomen hinchado de papas, de fideos, de arroz, a pesar de la firmeza de mi carne de entonces, que no se dignaba a estirarse tanto, pero se estiraba, obligada, y era una masa compacta, rígida, dura, de carne, gorda, y él con ese ramo en la puerta, y yo descreyéndole, riéndome, desmintiéndome,

—No te oigo, Pedro, no te oigo

y Pedro

—Sos el amor de mi vida

y yo escuchando la burla sobre mi abdomen hinchado de papas, mis muslos compactos de arroz, mis nalgas redondas de aceite, rellenas, rotundas, mirando el suelo, las baldosas cuadradas, de ballenitas amarillas, ese amarillo tenue, arrastrando el alma, redoblando la burla de mis compañeras, el sarcasmo de la maestra, esa risa atenuada de todos, en sordina, como si me quisieran ahorrar una parte del escarnio, de la injuria, del sarcasmo,

—Comé, Adelaida, comé

pero no soy tonta, puedo parecerlo, pero no, le digo a Pedro que se vaya, que deje de perseguirme,

que me ahorre las rosas de burla, los chocolates de vicio, las manos vacías de amor, que llego a casa y me calmo sola, la lata de galletitas solo mía, o voy al almacén y compro medio kilo de bizcochos y medio de surtidas, o voy a la panadería y compro una docena de medialunas y me relleno el resquicio, el desquicio, el esquicio,

—Basta, Pedro, ya
y Pedro insistente, volviendo, indignándome, burlándome,

—Sos el amor de mi vida
y yo que un día ya no aguanto y le pego, cierro el puño, lo lleno de silencio, lo cierro otra vez, lo lleno de arroz, lo cierro otra vez, lo lleno de escarnio, y se lo dirijo directo a la nariz, con todas mis fuerzas, con todas las fuerzas de mi vientre abultado, del pecho en jirones, de los fideos y de los huevos, y se lo estampo en la cara magra, ovalada, no redonda, ovalada, y le sangra un poco la nariz, y me mira raro, como con desilusión, desasosegado, perplejo, con un poco de estupefacción, recoge el ramo, y se va solo, tambaleante, dando saltitos un poco ridículos, agarrándose la nariz, mirando el piso, solo, un resquicio de maledicencias que merezco solo yo, son todas mías, de mi yo inflado, de mi yo gordo, poderoso, humillado. No volví a escuchar que yo fuese el amor de la vida de alguien. Algunas noches sueño con aquella voz enronquecida para mí, gruesa por mí, que me dice

—Sos el amor de mi vida, Adelaida
que me dice

—Te necesitamos en el ministerio, Adelaida
y se me aparece mi madre, justo antes de morir,

—No quiero, Adelaida, no quiero
que no le amputaran los dedos, pero era ineludible, ella se negaba, pero no se podía evitar, renegaba, pero eran los dedos o la pierna, le amputamos los dedos, en la clínica, ella estaba en la clínica entonces, yo la visitaba dos veces por semana, cuando cerraba el negocio los miércoles, y los domingos, que eran días de nada, de empanadas, de panadería, días de buñuelos, de televisión,

—Comé, mamá, comé
la visitaba, le llevaba bizcochos, o medialunas, sí, yo le llevaba, porque sabía que le gustaban,

—Comé, mamá, comé
pero al final ella comía menos; murió gorda igual, pero comía menos, porque estaba un poco vieja, y un poco desvaída, y un poco le daban esa comida sin sal, que no le gustaba, así que las arrugas se le empezaron a notar un poco más, no mucho, murió con el rostro estirado igual, porque ella nunca le dio espacio a los silencios, a los intersticios, no, no le dio lugar,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo
así que murió con la cara redonda nomás, en la clínica de la alameda Santos, al cuidado de esas enfermeras tan caritativas, tan bondadosas

—Coma, doña Eugenia, coma
cuidándola como si fuera su madre,

—Pórtese bien, doña Eugenia, vamos a la diálisis
como si fuera una santa,

—Trate de hacer pipí, doña Eugenia, hacer pipí le
hace bien

y mi madre obediente, a la diálisis, a la chata, a la
comida, mirándome con los ojos de siempre

—No te oigo, Adelaida, no te oigo
clamándome que no le amputaran los dedos, y yo
explicándole

—No te oigo, mamá, no te oigo
y asintiendo, porque no quedaba otra, y papá con
esa cirrosis que le impedía visitarla, la visitaba yo, y la
cuidaban las enfermeras de siempre, tan caritativas,
tan meticulosas

—No me moje la sábana esta noche, doña Eugenia,
que para eso está el timbre

tan aplicadas, resignadas, cuidándola,
—Coma, vieja de mierda, que no tengo todo el día
tan cuidadosas que si no fuera por ellas no sé qué
hubiera sido de mi madre,

—Comé, mamá, comé.

Por suerte estuvo en buenas manos hasta que me
llaman de la clínica, ha muerto su madre, me dicen, y
se me viene encima el aceite, pfiss, de la papa, de los
huevos, pfiss, del arroz, y sus manos saturadas,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

y su urgencia por rellenar tanto agujero, tanto in-
tersticio, tanto desquicio,

—Comé, Adelaida, comé
pero un día muere,

—Ha muerto su madre, Adelaida.

Voy al entierro; vamos despacio, ella y yo, y el
director de la clínica, que siempre acompaña, porque
es una clínica buena, el director acompaña y después
se va, entonces me quedo a solas con mi madre, mi
madre que ya no dice No te oigo, Adelaida, que ya no
dice Comé, Adelaida, entonces le puedo contar, le
cuento de Pedro, de la maestra, del escarnio, de mis
compañeros, de las burlas, de mi gordura tan grande,
porque ahora la veo más calmada, o me amordaza
menos, y creo que puede escucharme, porque ya no
está como antes, tan ensimismada.

Hay muertes que solo llegan, no avisan, lo agarran a uno en la ducha, o en la cama, y le amputan a uno la cena, o la mañana. La vida tampoco es voluntaria, solo sucede, casi siempre al azar, llega un día y dibuja escenas, unas detrás de las otras, y uno ahí, aleteando, haciendo equilibrio, haciendo de cuenta que se tiene cualquier clase de dominio, como si uno eligiera. Como cuando vino el secretario, esa mañana, a buscarme, entre nadas, porque sí, pensé que se había enterado de mis estudios, y que habría pensado No tiene hijos, No tiene marido, que es como pensar, Tiene todo el tiempo del mundo, así que estimé que por eso me había venido a buscar, el secretario, esa mañana, cuando yo estaba en la facultad, porque ahí me pasaba el día a los treinta, treinta y tres años, dando clases, preparando clases, los alumnos en un silencio de respeto, hasta que me avisan que un secretario me anda buscando, afuera, para cuando termine. Salí un poco apurada, intrigada, preguntándome qué era eso del

secretario que me esperaba. Salí enredada en mi gordura, apurando mi abdomen, preguntándome quién me venía a buscar: era Pedro, estaba afuera, de pie, tranquilizándome,

—Sin rencores, Adelaida, sin rencores

y yo preguntándome qué quiere este, a qué viene, tantos años pasaron,

—Te necesitamos, Adelaida, en el ministerio el mismo Pedro, el de la cara magra, ovalada, me invita un café, la nariz entera, y yo acepto, incrédula, sorprendida, el abdomen inflado, la cara redonda, el café,

—Te necesitamos, Adelaida, en el ministerio tan respetuoso, tan prometiendo Sin rencores, que se me pasa el espanto, me calmo, me callo, me calco el desquicio, el resquicio, y le digo que lo voy a pensar, que vuelva mañana, su cara magra, ovalada, a la facultad. Vuelvo a casa, prendo la hornalla, pfiss, el arroz, los fideos, hoy no fui a visitar a mamá, pero ella se me viene en silencio, la cara redonda,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

no sé qué hacer, mamá, volvió Pedro, que me necesitan en el ministerio, debe ser algo que no entiendo,

—Te necesitamos, Adelaida

el arroz está listo, lo sirvo en una fuente, la fuente grande de vidrio, la fuente en la que mamá me servía los fideos, la llevo a la mesa, con los panes de hoy, y

los huevos, y la porción de torta que sobró de la torta de ayer, en otro plato, de postre, y pongo todo sobre la mesa, y como. Pero claro, Pedro me vino a buscar pero nada que ver con las piedras, con la geología, con nada que yo hubiese estudiado: solo rellenar planillas: femenino, masculino, planillas, 33, 20, 18 años, planillas, direcciones, destinos, horarios, más planillas. Rellenar planillas. Pedro se había casado, tenía una beba, no flores, no chocolates, no más el amor de mi vida, nada, planillas, entregar planillas, algo de estadísticas, algo así, de planillas. Y papá en el cuchitril ese, con la loca esa, la de la tienda de enfrente, la de los pelos arañados, secos, como paja, con esa, sus arrugas finas, traslúcidas, no conmigo, con esa, con la de la tienda de lanas, flaca, esmirriada, las crenchas rubias, colgando, y los ojos caídos, como cae la miel, del mismo color, la misma textura, ella misma lánguida, sufrida, en la tienda de enfrente, ocho horas diez doce, vendiendo lanas, esperando que terminara ese fastidio, ese aburrirse ocho horas diez doce, como todos los días, esperando la noche, para bajar la persiana, desvestir sus huesos pobres en su casa pobre, esa, con la que pasaba las noches antes de dar saltitos ridículos en el rectángulo de luz azul, antes de agarrarse del marco de la puerta para sacarse los zapatos, con Laura, Laura arrugada, Laura triste y flaca, con Laura vendedora de lanas. Papá se fue cuando la internaron a mamá y me quedé en la casa, el mismo arroz, pfiss, las

mismas papas, y en las noches, a la hora exacta, lo imaginaba dando saltitos en la luz azul, en el rectángulo del pasillo, era una sombra mía, que saltaba, hasta esa noche, cuando suena el teléfono, esa tarde, en realidad, casi noche, a la hora del azul malva, cuando suena el teléfono y creo que es papá,

—¿Papá?

era él,

—Adelaida, es urgente

yo azorada, muda, el abdomen abultado de susto, el oído aguzado de pasmo, tratando de traducir un soplido, un aliento, un ruido cualquiera, en mis oídos acostumbrados al silencio, desde mi garganta estrangulada de grasa, de miedo, de rencor,

—...

y él, como si yo fuera otra, una hija a quien se le habla, a quien se la mira,

—En diez minutos estoy por ahí

y yo en el silencio, en el pasillo que da al cuarto, de pie, el abdomen hinchado de arroz, de miedo, de amor,

—Te espero, papá

corrí a vestirme, papá venía, a peinarme, volvía, a arreglarme, para que me viera bien, a lavarme los dientes, para sacarme ese gusto a ajo, al ajo del arroz, el gusto de la fritura del ajo con arroz, a peinarme, para que me viera hija, y esperé, una hora, sentada, frente a la televisión antigua, la que me dejó mamá, la mis-

ma, sentada, prolija, para no despeinarme, esperé dos horas, papá venía,

—Adelaida, es urgente

lo esperé dos horas, dos horas y media, me quedé dormida, en el sofá, frente al televisor que me dejó mamá, donde mamá comía los buñuelos, los días de lluvia, espolvoreados con azúcar, y sus tobillos se agigantaban de silencios y sus pliegues crecían de abandono y sus dedos se estrangulaban en los anillos de lata y los buñuelos agotaban la tarde de lluvia, los domingos, como yo ahora, los domingos, que son días de nada, de empanadas, de televisión, porque al cementerio no voy tanto como antes a la clínica, y cuando voy todo me suena a vómito y le escupo palabras atragantadas

—No te oigo, mamá, no te oigo

cuando voy al cementerio le cuento todo lo que antes no pude, le cuento de Pedro, de Pedro en el ministerio, de las planillas, femenino, masculino, 30, 22, 18 años, las planillas que no entiendo, enemigo, que relleno, infiltrado, que entrego, elemento hostil, y le cuento de Aurora, de cuando iba al colegio, Aurora la rubia, tan linda, con sus tantas palabras, tan claras, riéndose de mis muslos, de mis nalgas voraces, de mi abdomen hinchado, Aurora tan libre, tan suelta, le cuento del escarnio, de las burlas, porque ahora mamá escucha, tan pacífica, ahora escucha, no como antes,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

escucha tan parsimoniosa, entre rosas y gardenias, blancas sobre el verde, escucha, no cocina, no me empava, no me pfissa, entonces le cuento de cuando vino papá, no esa noche, en diez minutos, sino a la mañana siguiente, y me encontró perfumada, vestida, un poco despeinada de demora, los dientes lavados para sacarme el ajo de encima, el arroz de encima, cuando vino papá y yo lo esperaba, el pecho inflado de hija, el vientre grande de arroz, el pelo perfumado con esa colonia barata, lo único que encontré en el botiquín, lo esperaba cuando vino, esa mañana, al alba, pateando la llovizna ínfima de esa madrugada; llegó endeble, encorvado, y yo expectante, orgullosa, escucho

—¿Así que trabajás para ellos?

dudo, me silencio, me hincho la panza de arroz,

—¿Así que trabajás para ellos?

me demudo, me floto la garganta en un estupor de ignorancia, me estiro los ojos cansados de perfume, me aliso el pelo peinado de espera, me anudo el vientre lleno de pavor

—...

enmudezco de dudas, de sueño, de terror; escucho

—Buchona

le cuento todo a mamá, pero no me dice nada, no me rellena los vacíos, no me contesta, no me saca las dudas, solo escucha, desde la tierra fría, entre gardenias,

—Buchona.